

PONENCIA

ITALIA Y ESPAÑA, BALCONES AL MEDITERRÁNEO

Montserrat Huguet

En

Seminario Internacional

LAS RELACIONES POLÍTICO-CULTURALES ENTRE ITALIA Y
ESPAÑA EN EL SEGUNDO FRANQUISMO

Dirección

Laura Branciforte

29-30 septiembre 2011

UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID



Puerto de Génova, julio de 2011

*** EN TORNO A UN CONTINENTE DE AGUA: REFLEXIONES INICIALES A PROPÓSITO DE LA HISTORIA COMÚN

Italia y España son ambos hoy países explicables desde su condición de naciones modernas, ambas de entronque europeo, pero al mismo tiempo, balcones abiertos al Mediterráneo.

No en vano, y a modo de ejemplo, las ciudades de Barcelona y Génova compiten hoy por el liderazgo en la actividad portuaria y económica de la región mediterránea.

Entendamos el Mediterráneo como:

a) Una realidad evolutiva geo histórica y geo cultural, b) también como un espacio que ha acogido el conflicto como una dinámica histórica en apariencia preferente, si bien en realidad más proclive a los procesos de comunicación y de intercambio, o incluso de cooperación; c) para algunos: *un continente de agua* “en tránsito permanente”, que a lo largo de la historia se ha nutrido de sujetos y experiencias muy diversas e insospechadas, siempre cambiantes.

En ese continente de agua y durante la edad Moderna, las naciones y los pueblos que conforman hoy Italia y España construirían algunos de los procesos de innovación tecnológica y actividad comercial más destacables, colaborando en ocasiones, rechazándose de plano en otros momentos.

****De la condición mediterránea a la atracción atlántica común. Tiempos diferentes.*

Italia y España comparten una viva tradición mediterránea, pero también atlántica, que en el caso español parece más que obvia.

Tanto es así, que la dicotomía atlántica y mediterránea de sus políticas expansivas durante la Edad Moderna ha entorpecido probablemente la percepción peninsular sobre la importancia del balcón mediterráneo.

Así, de la imperfecta adhesión a su vocación regional y mediterránea es heredera la mirada contemporánea al exterior de nuestro país, cuando las políticas imperiales facilitaban la regionalización de la actividad española en la Cuenca, por las exigencias derivadas de la redistribución de las hegemonías.

La interiorización de este designio, el Mediterráneo como botín de segundas, como sustituto de la ventaja americana perdida, tuvo el resultado de una mirada constante pero desganada sobre la región, sobre el continente de agua.

Acostumbrarse a ser un país mediterráneo fue tarea complicada y no siempre culminada con éxito.

El compromiso con esta condición por parte de España, en plena edificación peninsular del proyecto liberal primero, y después, en el tránsito de siglos coincidiría en el tiempo, en parte con el proceso de aglutinación interior de Italia y el planteamiento de un proyecto exterior que tiende en este joven país a todo lo contrario: al abandono del Mediterráneo.

A tal fin, y como es de sobra conocido, Italia se sume en dos guerras mundiales, rompiendo en el siglo XX el cerco mediterráneo de su larga experiencia histórica. Trasciende pues el continente de agua.

Paralelamente, la masiva emigración hacia América en el tránsito de los siglos XIX y XX, fruto de las condiciones generales que atenazan la historia del continente europeo, por lo que a la relación entre la contracción de los recursos y el espectro de una población rejuvenecida y sin expectativas se refiere, contribuiría también a este fin.

Italia dibuja un hilo atlántico para la nación italiana, construyendo en América numerosísimas “pequeñas italías”, que enfocan todas las virtudes y los desmanes del Mediterráneo en una geografía extraña y variopinta.

Así, los ritmos de la experiencia atlántica de Italia serían los opuestos a los de España.

En los años veinte del siglo XX, cuando Italia fortalece su presencia en las Américas, España –en tanto contingencia y presente– no existe ya apenas en América (construcción histórica), más allá por supuesto de las antiguas experiencias particulares de las migraciones, nunca abandonadas, de las familias de peninsulares a las repúblicas latinoamericanas.

Es precisamente en esa época cuando el Atlántico se abre (en los años ´20) separando abismalmente a España de la América ilusionante, de la América del futuro inmediato. El nulo papel de este país en las primeras Conferencias Panamericanas da la medida de esta lejanía.

La naturaleza de la experiencia americana fue muy diferente para los casos italiano y español, y no solo por el destino geográfico de los emigrantes, por las actividades económicas o los amparos políticos (coincidentes solo en algunos casos), sino principalmente por la diferente forma de adaptación de las poblaciones que se dispersaban en los lejanos territorios cercados por el Atlántico y el Pacífico.

A partir de ahí, y de vuelta a la historia reciente, en la que ambos países comparten unidades institucionales de referencia y región geopolítica, Italia y España tienen en común que el presente se edifica sobre un aporte sedimentario muy prieto, que les hace difícilmente descifrables a ojos foráneos.

****El mito del mutuo entendimiento. Los ritmos de la historia.*

El entendimiento mutuo es parte del mito italoespañol o hispanoitaliano, construido sobre la cercanía física, la afinidad lingüística y cultural, que no es poco ciertamente.

La distancia y el extrañamiento nacen en cambio de la experiencia histórica más reciente, la de la segunda mitad del siglo XX que, lamentablemente, alejó definitivamente a los dos países.

La experiencia política, civil y republicana de la Italia posbélica, así como la asimilación generacional de su identidad nacional resultan hoy indiscutibles –al margen por supuesto de sus posibles deficiencias, en las que no hace falta insistir ya que los propios italianos son voceros rigurosos e imprescindibles precisamente por la naturaleza cívica de su reciente experiencia histórica.

De Italia puede decirse que su historia actual está recorrida por extraños procesos de ausencia de gobierno, de inseguridad, que –en ciertos momentos- es visualizada como un caos. La supervivencia no obstante en coyunturas tan confusas ha sido obra sin duda de un atento trabajo secular de conciliación entre el presente y el pasado, de adoctrinamiento generacional –escolar- en el valor del tejido civil de la República.

No sucede así en el caso español, para el que la larga –de siglos opinan algunos- tradición del Estado y de la Nación, parece no querer personificarse en cambio en un cuerpo cívico maduro, cuya mayor gloria, la de la reciente construcción sin traumas de un estado democrático, se desvanece no obstante en el hastío de los discursos políticos sin alcanzar el alma del cuerpo social.

Difieren también ambos países en su posición con respecto a la localización de los distintos centros de historia.

España ha sido por lo general –incluso si nos referimos a los reinos peninsulares dentro del Imperio español y salvo momentos muy concretos- un lugar histórico periférico, o de frontera.

Periferia del Imperio de Roma, como Hispania, iba a la zaga de la Metrópoli, cuando no le servía de filón mineral, humano o de granero.

Ya en el mundo moderno, la Península mantuvo el papel de sujeto de frontera, con sus tintes de colonia pionera, tan escorada en el Mediterráneo que casi olvidó pertenecer a él, al servicio de una cultura occidental/mediterránea tan vieja como frágil.

Sigue siendo frontera –la Península o España si se prefiere– cuando, pasada la efervescencia de esta juventud imperial, avanzadilla americana, la Corona española se resguarda en el patio trasero, el Mediterráneo occidental, haciendo de sus reinos italianos sedes lejanas, deudoras y trasnochadas de una identidad monárquica ya marchita, precisamente en el iluminado siglo XVIII.

En la Europa de las revoluciones y de las jóvenes naciones, la francofilia de los monarcas y de casi todos los gobiernos españoles no sirve precisamente de nexo con los estados italianos, enseguida Italia, celosa siempre de resguardar su territorio continental e insular de las pretensiones voraces de la vecina Francia.

Bajo los Imperios y en su condición de periferia del sistema de naciones estado en la etapa álgida de la contemporaneidad, España fue tapón o moneda de cambio en las transacciones territoriales de las potencias.

Perdido el tren de la industrialización en España durante buena parte del siglo XIX, la Italia recientemente construida se mueve en cambio, lentamente y a trompicones ciertamente, hacia la modernidad.

Primero desde el norte geográfico y hacia el norte (¿Puede la próspera Italia norteña ser el punto meridional de un eje europeo dominante, un apéndice mediterráneo de la Europa continental? Con sus mares y sus puertos goza de la oportunidad.

A continuación, en el periodo de entre guerras, desde el sur pobre hacia el norte cada vez menos pobre, Italia se mueve a la búsqueda pertinaz de un crecimiento material que, muy a pesar de los

fuertes desequilibrios internos, altere la identidad mitificada de una nación que no quiere regirse más por el pesado lastre de sus ruinas sino por la modernidad de proyectos que, pese a los himnos y la propaganda, están en consonancia con el tronco europeo que la sostiene.

Mientras Italia se mueve, y de qué manera, a comienzos del siglo XX, España está varada –por vocación y convencimiento, dirán unos, por inevitabilidad, otros- en la Península Ibérica.

Italia busca sin embargo huir de la Península itálica. Su inserción, tardía y desastrosa, en la Primera Guerra Mundial, había sido buena prueba de ello. El escapismo del mismo conflicto en el caso español no sería el resultado de un compromiso con el moderno pacifismo internacionalista, sino más bien de una clara ausencia de identidad en el terreno global, o si se prefiere, de una forzada voluntad de intrusión.

Pudiera pues decirse que habiendo existido etapas memorables en la historia común de Italia y España, nunca han estado estos países vecinos tan distantes entre sí. Dándose a menudo la espalda, incluso en el trozo de mar que les baña: en la ruta de Barcelona a Génova o viceversa.

Estos puertos, que hoy compiten, como se ha dicho, en el Arco Mediterráneo, por alzarse con la primacía de la actividad comercial en el Mar, cancelaban entonces su mutuo interés en recelos administrativos, salvando la cercanía si acaso por obra de ciertos entendimientos comerciales de naturaleza mercantil privada.

******Entendimiento de compromiso.***

Pese a lo que acabo de decir, desde la edificación de la Italia moderna, la Italia unida, y desde la inserción –lenta pero certera- de España en el liberalismo de tinte continental europeo, las realidades contemporáneas de países, aparentemente tan próximos por herencia cultural, guardan trazos comunes aunque no siempre dignos de ser elogiados.

Les ha unido principalmente la oposición de las potencias en los años treinta y cuarenta del siglo XX a que rehiciesen el viejo mar Mediterráneo a su peculiar gusto imperial. Y ello, porque les emparejaba –y les distanciaba (a la hora del reparto del botín)- la común vocación imperialista sobre el mar.

Episodios de confraternización de corte pseudo histórico –pactos bilaterales de por medio- enmascararon como es sabido, una neta hostilidad ante la perspectiva del pillaje territorial.

Les separaron también sus peculiares relaciones con la Iglesia Católica, guardándose la Italia renacida de la Segunda Guerra Mundial el derecho de posesión física sobre una institución milenaria, el Estado Vaticano, sobre la que España calculaba haber sido promotora principal de su grandeza secular.

Tras el desconcierto español por la derrota del fascismo en Italia, en la década de los años cuarenta, se va dando una progresiva aceptación del nuevo escenario italiano durante la década siguiente, aprobación que culminará en un intento de aproximación sin duda admirativa en los sesenta.

La aprehensión de *lo italiano* en España descansa en los ámbitos de la cultura, de la industria, de cuanto está relacionado con el ocio y el divertimento: el fútbol, el cine, la *vespa*, las canciones...

No hay en cambio en la sociedad española una reflexión clara sobre el modelo político y social –cívico- que está haciendo posible el así llamado *milagro* italiano.

Antes bien, al analizar la sociedad española la cuenta de resultados de la industria y el comercio en Italia, se cae en la maligna autocomplacencia, esgrimiendo para justificar el éxito de la modernidad no la democracia, el sacrificio de las poblaciones y la ayuda americana, el desarrollo de fuerzas políticas diversas y progresistas, sino la razón de la grandeza histórica de una nación que habiendo sido pionera dos mil años atrás, sencillamente vuelve a serlo.

De modo que, en igual sentido y atendiendo a la razón de una historia justiciera, España está llamada a seguir los pasos de su vecina, Italia.

La identificación de una identidad, la italiana, diferente, admirable, moderna y anhelada es un continuo en la mirada española ya en la segunda mitad de los años cincuenta, como si el rock o el pop anglosajones –difícilmente digeribles por la España de la copla- sonaran más cercanos en el idioma italiano que en el inglés, más próximos y así domesticados para el uso nacional.

Las fuentes para el reconocimiento de esta particular modernidad italiana son diversísimas. Abarcan los espacios de la prensa y las revistas hasta la radio y la nueva televisión.

Poco puede encontrarse este fenómeno en cambio en la así llamada alta cultura. Pese a los esfuerzos diplomáticos y al trabajo de Instituto Italiano de Cultura de Madrid apenas se enseña la lengua de Dante en los institutos, como tampoco –dicho sea de paso- otras lenguas europeas. El francés sobrevive casi como lengua de acceso a Europa, pero el inglés o el alemán parecen aún códigos indecifrables para los colegiales españoles.

La traducción de autores italianos modernos es prácticamente nula.

El fútbol y el cine, la música, posiblemente el arte y la moda, se llevan quizá la mejor parte de esta aproximación, y lo hacen para solaz de los grupos populares sin el menor atisbo de reflexión o duda.

El caso de los profesores de letras –lengua, arte o historia- son grandes aficionados a viajar a Italia y a difundir entre sus alumnos la particular experiencia italiana. Ya lo habían sido en el primer franquismo, amparados quizá por razones de oportunidad política de las que ahora carecen.

Entre el elenco de estos estudiosos admiradores de “lo italiano” hay nombres sobrados. Mencionaré solo a dos.

Me refiero a Antonio de Hoyos, profesor de la Universidad de Murcia que, allá por los años sesenta, mencionaba a sus alumnos las bondades de la Italia de la Democracia Cristiana, de Fanfani y de Aldo Moro, la Italia de las autostradas y los velocísimos fiat y alfas romeos, la Italia del Gattopardo y de los Finzi Contini, la Italia de Pasolini y de Antonioni, la Italia de la Piazza del Popolo y del Campidoglio en Roma, la

del Albergo Assarotti y la familia Viazzi de Génova, una Italia de libertad que este profesor transmitía sin problema alguno, mientras en París surgía el mayo dd 68.

Este profesor daba por terminado el curso recién empezada la primavera, porque debía asistir a la Mostra de Venecia. En el «Comitato di Murcia» iba integrando a todos aquellos amigos que alguna vez habían estado en Italia, a los bolonios y a los peregrinos, a los estudiosos y a los asistentes a las universidades de verano italianas.

El segundo, José María Beneyto Pérez, al frente de la Asociación hispano-italiana “CARDENAL ALBORNOZ”, creada en 1938, siguiendo la tradición –asegura él en sus escritos de comienzos de los años noventa- de la herencia de las sociedades de amistad de la República.

En el imaginario español de los años sesenta, Italia es ya un modelo de crecimiento a seguir, en el que la fuerza de la industria, el peso de las migraciones a Europa y el papel capital del mar no resultan desde luego desdeñables. Como tampoco lo son, el turismo, cultural y religioso.





Doña Concha. Otoño en Italia (1958) *Termas romanas y El Vaticano.*



Concluyendo pues. A partir de lo dicho anteriormente, quedan abiertas muchísimas cuestiones referentes a la particular historia común italo española durante las décadas posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial, que merecen al menos una mirada reflexiva. Algunas de ellas pueden quedar planteadas de la siguiente manera.

¿Cuál es la tradición histórica que justifica el vínculo italo español en la imaginación colectiva? ¿Qué importancia tiene –si es que la tiene– el Mediterráneo en la percepción de dicho vínculo? ¿Es la común regionalización de la dimensión exterior de ambos países en la historia contemporánea elemento suficiente para hallar paralelismos y compromisos políticos que generen la simpatía necesaria que requiere todo entendimiento cordial? ¿Qué elementos de convergencia y de divergencia dominan en la común historia reciente de ambos países?

Madrid, 30 de septiembre de 2011